

LA MUERTE DESDE LA DIMENSION FILOSÓFICA: UNA REFLEXIÓN A PARTIR DEL SER -PARA-LA MUERTE HEIDEGGERIANA

Gloria M. Comesaña Santalices¹

RESUMEN

Partiendo de la analítica heideggeriana del Dasein como ser- para-la-muerte entendido como su posibilidad más propia, abordamos este fenómeno de la vida, tratando de elaborar la posición del autor en confrontación con otros posibles planteamientos como el de la natalidad arendtiana, y planteándonos además la pregunta acerca de la posibilidad de cumplir en la propia existencia la autenticidad de la decisión anticipadora que propone el autor como paso ontológico previo a cualquier indagación acerca de la muerte.

Palabras clave: Muerte, Dasein, Posibilidad, Decisión anticipadora.

Dedicado al P. Auguste Cattai.

THE DEATH FROM A PHILOSOPHICAL DIMENSION: A REFLECTION STARTING FROM THE BEING FOR HEIDEGGERIAN DEATH

ABSTRACT

Starting from the heideggerian analytic of the Dasein as a being-for-the-death understood as its more suitable possibility, this phenomenon of life, is undertaken. The author's position is in confrontation with other possible positions, such as that of arendtian natality, as well as

Doctora en Filosofía. Universidad de Paris I, Pantheon-Sorbonne, Francia Doctorado en Ciencias Humanas Universidad del Zulia, Maracaibo, Venezuela. e-mail: gcomesan@luz.ve.

Aceptado: 30-06-03

Aprobado: 15-07-03

thinking about the question dealing with the possibility of fulfilling in its own existence the authenticity of the anticipatory decision, which the author proposes as a previous ontologic step to any inquiry about the death.

Key Words: Death, Dasein, Possibility, anticipatory decision.

Como el hecho del nacimiento, el de la muerte es una de esas realidades que constantemente nos ciernen y nos conciernen. Pero si el primero, que marca nuestra incursión en el mundo, goza por lo general de nuestra aceptación satisfecha, en el sentido de que prácticamente a nadie le molesta haber nacido, (el nacimiento plantea otros problemas de orden filosófico, biológico, sociológico, etc., que no nos corresponde tratar aquí), la muerte nos angustia y nos produce toda clase de rechazos y de huídas encubridoras, pues prácticamente nadie quiere marcharse de este mundo, sobre todo si aún goza de sus plenas facultades o aún no ha sentido esa mordedura del dolor que hace clamar incluso por la muerte, con tal de no sufrirlo más.

La Filosofía se ha planteado desde siempre el hecho de la muerte como un problema. Prácticamente no hay pensador o pensadora que no haya reflexionado sobre la realidad de nuestra finitud y contingencia, en otras palabras, el hecho de nuestro evidente carácter mortal. A tal extremo podemos llegar con esta constatación, que habría que señalar que casi nadie se plantea como núcleo de su filosofar el hecho de la *natalidad*,² nuestro carácter de seres que han nacido, de seres que llegan a un mundo que les preexiste, y en el cual, como iniciados e iniciadores, han de realizarse a partir de la libertad que los signa, y que es precisamente la *capacidad de comenzar con sus acciones*, eventos y sucesos, trayendo así al mundo lo inesperado e impredecible.

No es pues la natalidad, sino la muerte, lo que más ha ocupado a los pensadores hasta el punto de que Heidegger, otro grande del siglo XX, ha podido hacer del ser-para-la-muerte, la piedra de toque de la llamada por él existencia auténtica.

² Como por cierto lo hace Hannah Arendt, convirtiéndose así en una honrosa excepción, a la medida de su talla de gran pensadora, que se proyecta en nuestro siglo como una de las mentes más lúcidas del siglo XX, adelantándose .y mucho, con sus análisis, a predecir lo que apenas eran procesos en germen, pero que ahora nos afectan en el mayor grado, tal como ella ya lo describió.

El morir debe asumirlo cada Dasein por sí mismo .La muerte, en la medida en que ella “es”, es por esencia cada vez la mía. Es decir, ella significa una peculiar posibilidad de ser, en la que está en juego simplemente el ser que es, en cada caso, propio del Dasein. En el morir se echa de ver que la muerte se constituye ontológicamente por medio del ser-cada-vez-mío y de la existencia.³

Heidegger deja claro desde el primer momento que nadie “muere en cabeza ajena”, si se nos permite desviar de esta manera el famoso dicho según el cual cada quien ha de hacer sus propias experiencias, sin poder realmente aprender a partir de las de los demás. Eso es tanto más cierto tratándose de la muerte. Por más que intentemos imaginar, al conocer de la muerte de otro, o tener experiencia directa de ella, lo que será la propia muerte, o cómo será, no lograremos ningún saber de ningún tipo, ni siquiera una leve intuición orientadora. La muerte es siempre la propia muerte, frente a la cual, por más preparaciones y experiencias que tengamos, reaccionamos siempre con angustia, esa *angustia* que, tanto para Heidegger como para Sartre, es el sentimiento, o la tonalidad afectiva que nos embarga cuando nos enfrentamos a la nada. Y, desde el punto de vista estrictamente filosófico, ¿qué más nada que la muerte, que nos conduce a dejar de estar en el mundo? En efecto, consideramos que si no es abordándolo desde la perspectiva religiosa, el problema de la muerte no tiene otra solución o más bien otra respuesta que la aceptación lúcida y resignada, la asunción estoica del hecho, o la “decisión anticipadora” heideggeriana. Y, aún en este caso, necesitamos realizar toda una elaboración intelectual para aceptar el hecho descarnado del “ya no estaré más aquí”, y no digamos del “tendré que pasar ese umbral”. Y todo ello, como señala Hannah Arendt en la más absoluta y radical soledad⁴, dejando el plano mucho más tranquilizante del estar en el mundo en medio de la pluralidad de los demás, entre los cuales me realizo y ante los cuales aparezco y me muestro como ser humano dotado de la libertad, es decir, en su muy hermosa expresión, de la capacidad de iniciar algo nuevo.

³ Heidegger, Martín: *El Ser y el Tiempo*. Editorial Universitaria, Santiago de Chile, 1998. p. 261.

⁴ Arendt, Hannah: *Los Orígenes del Totalitarismo*. Editorial Taurus, Madrid, 1974. p. 576. Allí señala Arendt: “Solo porque tenemos sentido común, es decir, sólo porque la Tierra no está habitada por un hombre, sino por los hombres, podemos confiar en nuestra inmediata experiencia sensible. Sin embargo, hemos de recordarnos a nosotros mismos que un día dejaremos este mundo común, que seguirá como antes y para cuya continuidad resultamos superfluos, si es que queremos comprender la soledad, la experiencia de ser abandonados por todo y por todos.”

Esa es la gran pérdida que con la posibilidad de la muerte afrontamos: ya no actuaremos más, ya no iniciaremos nada, y ni siquiera tendremos nuestra realidad cotidiana y repetitiva, suponiendo que la valoremos desprovista de todo lo que nos hace ser realmente humanos. Por eso, ante tal posibilidad tan propia, como dice Heidegger, reaccionamos con la angustia que nos desazona y paraliza. Pues una cosa es disertar sobre esto cuando estamos sanos y bien portantes, y otra enfrentarnos cara a cara con el momento decisivo de nuestra vida. Porque, en efecto, *la muerte, en sentido latísimo, es un fenómeno de la vida.*⁵ En efecto, tal como ya lo indica la sabiduría popular, para morir, lo único que hace falta es estar vivo. De modo que esto nos conduce a todo lo que a nivel de investigaciones de todo tipo, puede decirse de la muerte. Allí tenemos a los médicos y sus indagaciones acerca de lo que puede, en cada caso, haber causado el deceso, o las discusiones acerca del momento exacto en que una persona puede ser declarada muerta. Se habla entonces de *muerte cerebral*, como el concepto que finalmente permite decretar la muerte legal de un cuerpo, que, si aún se mantiene en vida, es básicamente porque cuenta con el apoyo de las modernas tecnologías. Por otra parte estarían todas las investigaciones psicológicas acerca de cómo se *vive* la muerte, si así puede decirse, aunque parezca paradójico. En este caso se pregunta por el sentido que reviste la muerte para quien va a enfrentarse a ella, los sentimientos que la noticia de la inminencia de la muerte produce en el paciente o sus allegados; las etapas por las que pasan las personas que enfrentan un desenlace fatal a corto o mediano plazo,⁶ etc. Y así otro tipo de investigaciones en el ámbito sociológico, antropológico, etc., adelantan igualmente sus interpretaciones acerca de lo que es la muerte y la manera como ésta se enfrenta.

Al decir de Heidegger, sin embargo, todas estas reflexiones sobre la muerte están fundadas sobre la *interpretación existencial*⁷ de la misma, de modo que,

⁵Heidegger Martín. Op. Cit, p. 267.

⁶ Aquí consideramos de gran importancia las investigaciones de la psiquiatra suiza Elizabeth Kübler-Ross. Véase entre otros su libro: *Sobre la muerte y los moribundos*. Ed. Grijalbo, Barcelona, 1975.

⁷Aquí precisamos explicar el concepto de *existencial* en Heidegger contrapuesto al de *existente* (en alemán *existenzial* y *existenziell* respectivamente). A su vez la traducción de Gaos, la más conocida hasta ahora entre nosotros, utiliza los términos *existenciario* y *existencial*. Como quiera que se diga, lo *existenzial*, *existencial* o *existenciario*, se refiere a la estructura ontológica de la existencia mientras que lo *existenziell*, *existencial* o *existente* se refiere al nivel pre-ontológico o pre-teorético en el cual el Dasein es un ente entre los demás entes pero que se caracteriza por el hecho de que *a este ente* le va *en su ser este mismo ser*, es decir, tiene una relación de ser con su ser. (p. 35).

Una “tipología” del “morir” informa más sobre el “vivir” del “muriente” que sobre el morir mismo. Esto no es sino el reflejo del hecho de que el Dasein no muere en primer lugar o incluso no muere propiamente con y en la vivencia del dejar de vivir fáctico.⁸

Incluso, añade Heidegger, *no podrá justificadamente y con sentido ni siquiera preguntarse en forma metodológicamente segura qué hay después de la muerte sino una vez que ésta haya sido comprendida en la plenitud de su esencia ontológica.*⁹ Sin embargo, está claro para el autor, que para quienes consideran desde un punto de vista ontológico el problema de la muerte, ya sea desde el plano de la biología o de la psicología, o incluso desde la teodicea o teología, la caracterización ontológica de la muerte les parecerá formal y vacía. Desde su planteamiento, por el contrario, la clave y el fundamento de todo, en lo concerniente al problema que nos ocupa, reside en descifrar la *estructura ontológica* de la muerte.

Y esto ha de lograrse partiendo de los caracteres fundamentales del ser del Dasein. Estos caracteres nos delinean una existencia que se anticipa a sí misma, que es facticidad en cuanto es en el mundo, y que además es *caída* en la medida en que está ya siempre en medio de los entes y en ese estar se mantiene y distrae. Desde el punto de vista existencial, la posibilidad existencial de la muerte se funda en el carácter abierto del Dasein, que es siempre comprensión del ser y particularmente de su ser propio como anticipación a sí.

Por otra parte, en cuanto ser en el mundo, *arrojado* en el mundo, dice Heidegger, el Dasein existe ya siempre en la posibilidad de la muerte, aunque ésta no se le haga patente constantemente ni tenga de ella un saber teórico. Patente se hace la muerte en la tonalidad afectiva de la *angustia*, que no debe confundirse con el miedo a morir. La angustia es la *disposición afectiva fundamental del Dasein, la apertura al hecho de que el Dasein existe como un arrojado estar vuelto hacia su fin.*¹⁰ El hecho de que la mayoría de las personas no quieran ocuparse del tema

⁸ Heidegger, Martín: Op. cit, p 268.

⁹ Ibidem.

¹⁰ Ibid. p. 271.

de la muerte, no significa que este *estar vuelto* hacia la muerte no sea una estructura universal del Dasein. Indica solamente que los existentes eluden hacer frente a esta posibilidad suya, la más propia entre todas, huyendo de ella. Y precisamente, esa huída es lo propio del estado de *caído* del Dasein, el cual en la existencia cotidiana, en la forma de la *caída*, está ya siempre entretenido, ocupado, distraído entre los demás entes intramundanos, gracias a lo cual no enfrenta lo desazonante, en particular aquello que fundamentalmente le desazona: la posibilidad de la muerte.

¿Y que es entonces la posibilidad de la muerte para Heidegger? ¿Cómo debemos entender esta posibilidad? A este respecto afirma:

La muerte es una posibilidad de la que el Dasein mismo tiene que hacerse cargo cada vez. En la muerte, el Dasein mismo, en su poder-ser más propio, es inminente para sí. En esta posibilidad al Dasein le va radicalmente su estar-en-el-mundo. Su muerte es la posibilidad de no-poder-existir-más. Cuando el Dasein es inminente para sí mismo como esta posibilidad de sí mismo, queda enteramente remitido a su poder-ser más propio. (...) Esta posibilidad más propia e irrespectiva es, al mismo tiempo, la posibilidad extrema. En cuanto poder-ser, el Dasein es incapaz de superar la posibilidad de la muerte. La muerte es la posibilidad de la radical imposibilidad de existir. (...) La muerte se revela así como la posibilidad más propia, irrespectiva e insuperable. (...) Su posibilidad existencial se funda en que el Dasein está esencialmente abierto para sí mismo, y lo está a la manera del anticiparse-a-sí. Este momento estructural del cuidado recibe en el estar vuelto hacia la muerte su más originaria concreción. El estar vuelto hacia el fin cobra mayor claridad fenoménica cuando se lo concibe como un estar vuelto hacia la posibilidad eminente del Dasein así caracterizada¹¹

Con lo anterior, está claro que para nuestro autor entre todas las posibilidades de la existencia, ésta, la de la muerte, es señalada entre todas porque es irrespectiva,

¹¹ Ibidem.

es decir incondicionada, insuperable y por ende la más propia en la medida en que es inminente, ineludible. No es preciso dar muchas explicaciones para que se entienda que esta posibilidad entre todas es algo de lo que no puede escaparse, algo inevitable que, hágase lo que se haga sobrevendrá tarde o temprano. En este sentido, la muerte como posibilidad no está sometida a ninguna condición, no es respecto a ningún otro ente o posibilidad, y es en efecto, imposible superarla. Todo ello configura y confiere más fuerza al carácter de *posibilidad más propia de la muerte*, que lo es en la medida además, en que el Dasein es siempre anticipándose a sí mismo, estando además abierto siempre para sí mismo en tanto que ser. La muerte, entonces, comprendida como la *radical posibilidad de la imposibilidad de existir*, aparece en toda su descarnada fuerza como la vara misma con la que debemos medirnos, en cuanto a nuestra capacidad para asumir como posible la propia imposibilidad de nuestra existencia.

Y esto, dice Heidegger, no como una certeza teórica que pudiésemos manipular y manejar como cualquier otra mediante un *saber* neutralizante y tranquilizador, ni como algo frente a lo cual pudiésemos adoptar una actitud de altiva o estoica indiferencia, como quien no teme a la muerte, y con ello o con un intento de abordarla a través de una cautelosa reflexión ya da por zanjado su enfrentamiento con ella. Todos esos y muchos otros artilugios y convenciones frente a la muerte, que muy bien analiza el autor, no son más que burdas maneras de no responder a aquello a lo que la muerte como posibilidad más propia nos llama: A la realización de nuestra existencia auténtica, asumiendo la muerte con decisión anticipadora. ¿Y qué quiere en definitiva decir esto?

El estar vuelto hacia la muerte implica poner de relieve justamente su carácter de posibilidad y sobrellevarla como tal, lo cual no debe entenderse en absoluto como un afán o interés por adelantar su advenimiento, ni un mantenerse constantemente en el pensamiento de ella. No se trata tampoco de relacionarse con la muerte en el modo de la espera, que no tiene que ver con el carácter de posibilidad de la muerte, sino con su realización. Para Heidegger es muy importante que se entienda que la decisión anticipadora y el estar-vuelto hacia el fin no se refieren a la muerte real o fáctica, sino al descubrimiento de la muerte, precisamente, en cuanto posibilidad. Y lo que aquí aparece en esta posibilidad es precisamente la radical imposibilidad de la

existencia, como ya dijimos. Así pues, la manera apropiada de relacionarse con la muerte, implica según nuestro autor,

Estar vuelto hacia la muerte es adelantarse hasta un poder-ser del ente cuyo modo de ser es el adelantarse mismo. (...) ... proyectarse hacia el más propio poder-ser quiere decir: poder comprenderse a sí mismo en el ser del ente así desvelado, existir (...) Es necesario tener presente que comprender no significa primariamente quedarse tan sólo mirando un sentido, sino comprenderse a sí mismo en el poder-ser que se desvela en el proyecto.(...) La muerte es la posibilidad más propia del Dasein. El estar vuelto hacia esta posibilidad le abre al Dasein su más propio poder-ser, en el que su ser está puesto radicalmente en juego. (...) El adelantarse hace comprender al Dasein que debe hacerse cargo exclusivamente por sí mismo del poder-ser en el que está radicalmente en juego su ser más propio.^{1 2}

En efecto, Heidegger considera que la muerte, así entendida en el adelantarse, como aquello que permite al Dasein comprenderse desde su posibilidad más propia, *singulariza* al Dasein, aislándolo en su propio ser. Esto no quiere decir, afirma el autor, que el existente pase a estar a solas consigo mismo, quedándose sin mundo y sin los demás existentes. Mas bien esta *singularización* le permite al Dasein liberarse de su modo de ser impropio, inauténtico, recuperando su propia forma de ser al anticipar la muerte, al adelantarse hacia ella y comprenderla como su posibilidad más propia.

El adelantarse haciéndose libre para la propia muerte libera del estar perdido entre las fortuitas posibilidades que se precipitan sobre nosotros, y nos hace comprender y elegir por primera vez en forma propia las posibilidades fácticas que están antepuestas a la posibilidad insuperable.¹³

¹² Ibid. p. 283.

¹³ Ibidem.

Pero no sólo son las otras posibilidades las que son entonces comprendidas en su justa dimensión como posibilidades finitas, sino que ahora el Dasein puede también relacionarse correctamente con los otros, evitando malinterpretar sus posibilidades, forzarlas o desconocer aquellas que lo superan. Así, *la muerte aísla, pero sólo para hacer, en su condición de insuperable, que el Dasein pueda comprender, como coestar, el poder-ser de los otros.*¹⁴

Por otra parte, la muerte como posibilidad más propia es percibida por el Dasein como una *amenaza*. ¿En que sentido? En efecto, dice Heidegger, *en el adelantarse hacia la muerte indeterminadamente cierta, el Dasein se abre a una constante amenaza que brota de su mismo "Ahí"*.¹⁵ Es a través de la angustia como el existente percibe esa amenaza, pues al estar en la angustia se encuentra *ante* la nada de la posible imposibilidad de su existencia. En pocas palabras, se da cuenta de que su existencia es imposible, de que puede no ser, puede dejar de ser, de que aunque existe, y prueba de ello es que se angustia y comprende, todo esto puede desaparecer, y que esa desaparición es posible. No como un posible más entre otros que pueden darse o no darse, sino como el posible por excelencia, el que propiamente le corresponde, pues es un ser finito, contingente, que ninguna necesidad puede justificar en cuanto a su venida al mundo y a su permanencia en él.

Ante tal constatación no cabe más que la huída y la distracción dispersiva, ocupada en los entes intramundanos y caída entre ellos, o el resuelto volverse hacia el fin y adelantarse hacia la muerte, adueñándose así de su posibilidad más propia y ejerciendo así la libertad en su forma más radical: aceptando, asumiendo y eligiendo lo que de todas formas ha de cumplirse. Este modo de *ser-para-la-muerte como proyecto existencial* lo resume Heidegger así:

...el adelantarse le revela al Dasein su pérdida en el "uno mismo" y lo conduce ante la posibilidad de ser sí mismo sin el apoyo primario de la solicitud ocupada, y de serlo en una libertad apasionada, libre de las ilusiones del uno, libertad fáctica, cierta de sí misma y acosada por la angustia: la libertad para la muerte.¹⁶

¹⁴Ibidem.

¹⁵ Ibidem

¹⁶ Ibid. p. 285.

Hasta aquí nos hemos ceñido al pensamiento de Heidegger, ahora nos enfrentaremos a él. ¿Hasta qué punto el ser-para-la-muerte implica una posición ante la muerte que realmente podamos tomar? ¿Se trata sólo de una elucubración filosófica o es en efecto un posible y el más eminente y propio de todos? ¿Está con ello el autor haciendo un planteamiento de tipo estoico? ¿Con este planteamiento nos acerca a la experiencia concreta de la muerte? En este último caso hemos de responder que no. Pero es que precisamente Heidegger no pretende aquí acotar la “vivencia” concreta de la muerte, si se nos permite esta paradójica expresión. Tampoco creemos que el autor haya tratado de enredarnos o confundirnos con abstrusas abstracciones, ni haya querido ser particularmente estoico, aunque estemos inclinados a verlo desde esta perspectiva.

Ciertamente el autor no habla aquí de la experiencia fáctica de la muerte. Eso se lo deja a otros, sin desdeñar dichas indagaciones e intentos de acorralar la muerte en su momento y guarida. Lo que él propone es precisamente aquello que, ontológicamente hablando, es decir en el orden del ser, posibilita y antecede, nos dice el propio autor, a cualquier indagación de cualquier tipo sobre la muerte, o sobre lo que después de ella pueda haber.

Aceptamos pues la propuesta heideggeriana en este sentido en toda su profunda dimensión de fundamento, en cuanto lo que él describe como *ser-para-la-muerte* nos parece ciertamente recubrir completamente lo que es la estructura existencial y ontológica de dicho fenómeno propiamente humano. Por otra parte, y respondiendo a nuestra primera pregunta, consideramos que, si bien ese comprender propiamente la muerte, realizando la autenticidad de la existencia no es cosa fácil de cumplir, sí es de realización posible, por cuanto todos nos vemos, si no frecuentemente, sí en muchos momentos transcendentales y señalados de nuestra vida, abocados a experimentar la *angustia* que nos pone en contacto con la nada y con esa nuestra posibilidad más propia que es el morir. Ya es decisión de cada quien hacerle frente a la angustia y aprovechar su legado, o huir ante ella.

Quisiéramos aquí agregar una reflexión que nos es sugerida por el concepto arendtiano de *natalidad*, tan central en su filosofía. La natalidad nos es presentada por Arendt como el comienzo de los comienzos. El ser humano es libre porque es *initium*, es capaz de comenzar, y todo comienzo, marcado con el carácter de lo inédito, es un milagro. Que algo tan improbable e inesperado como la vida sea, he

allí el milagroso acontecimiento que debe sorprendernos y llenarnos de reverencial y jubiloso sentimiento. Que la vida sea posible, que podamos existir, he ahí la posibilidad sobre la cual deberíamos volcar nuestro pensamiento. En lugar de eso, la mayoría de los filósofos, incluido Heidegger, nos proponen que nos detengamos más bien en la reflexión de la radical imposibilidad de la existencia.

¿Indica algo esta diferencia en cuanto a dónde se pone el acento? ¿Es preciso elegir entre uno y otro planteamiento? ¿Alguno de ellos nos orienta mejor en nuestro estar en el mundo?. Aquí creemos que debemos responder a estas preguntas diciendo: ambos. En cuanto a la primera pregunta, sería muy tentador responderla en una supuesta y malentendida clave feminista, haciendo patente el sexo-género al que pertenecen ambos autores. Sin embargo, si bien creemos que *las pensadoras* están más inclinadas a incluir la natalidad en el orden de sus reflexiones, no solo por la capacidad exclusivamente femenina de engendrar en y con su cuerpo, y de parir es decir, dar a luz ,traer a la luz del mundo un nuevo ser, muchos hombres, que no han mutilado en sí ninguna de sus capacidades, como sería por ejemplo el caso de Teilhard de Chardin, son capaces de valorar la vida y el mundo y de desarrollar un pensamiento que, sin negarse a reflexionar sobre la muerte, se dedica sobre todo a exaltar la vida y sus progresos.

Por otra parte, estas filósofas de la natalidad (hay que incluir aquí a María Zambrano), realizan también profundas y muy pertinentes reflexiones sobre el problema que nos ocupa.

Hasta aquí hemos hablado de la muerte desde una perspectiva filosófica. Permítasenos ahora incluir, de una manera zambraniana la *razón poética* en nuestra reflexión, y compartir con los lectores este texto que escribiésemos en un mes de Julio.

Porque es fuerte el Amor como la muerte...

Como la muerte, fuerte es el Amor

El Amor, como la muerte es fuerte

Como la muerte, es el Amor fuerte

Amor, fuerte, muerte

Muerte, Amor, fuerte

Fuerte, muerte, Amor

Y la pregunta sería: ¿Por qué el Amor es fuerte como la muerte? ¿Por qué la muerte es fuerte? ¿Es fuerte la muerte, porque acaba con la vida y parece vencerla, sumergiendo todo en la nada? ¿Es esa la fuerza de la muerte? ¿Es fuerte la muerte, porque después del nacer, es lo más seguro que tenemos, lo único incondicionado e inevitable en definitiva?

Pero si el Amor fuese fuerte de esa manera, incluso uniendo a los amantes en la muerte, en el morir juntos, en el morir un(a) del / de la otra(o), el/la un(a) por el/ la otr(o), el/la una(o) tras el/la otra(o),, no sería Amor sino amor, algo repetible, algo concebible, algo encerrado en los escasos límites de la razón.

Mas la fuerza de la muerte puede residir en otra cosa, en otro adjetivo, no en su carácter destructor y tétrico como hasta ahora nos la siguen pintando todos los realistas y racionales funcionarios del mundanal ruido.

La fuerza de la muerte reside más bien en su carácter de puente, de fuente, de camino, de tránsito. De vía, pasaje, viaje, transcurso y proceso hacia una Vida Otra y Superior.

Hacia otra Realidad, Mundo, Esfera, Enigma, Dimensión, en donde sólo hay Energía y Espíritu en el más prístino sentido de la palabra.

Entonces el Amor es fuerte como la muerte, porque en la muerte, que no es fin, sino comienzo, se traslada, con toda su energía intacta, a ese Mundo de Luz y Espíritu, de donde en realidad, proviene. Y por eso, para el Amor, la muerte no es destrucción y nada, sino manos entrelazadas, gesto de abrazo, camino de Cruz redentora, cuna de Pesebre, árbol sembrado fuertemente en la roca de donde mana la fuente, encuentro y reencuentro en el gesto, la mirada, el desaliento y la esperanza, puente sólidamente anclado en las dos orillas que une e los amantes en la vida y en la muerte y más allá, en la Vida verdadera del Espíritu que se expresa en la Palabra y en el Silencio. Porque el Amor, fuerte es como la muerte.

Referencias Bibliográficas

Arendt, Hannah. 1974. *Los Orígenes del Totalitarismo*. Madrid: Ediciones Taurus.

Arendt, Hannah 1993. *La Condición Humana*. Barcelona- España: Ediciones Piados.

Buendía, José (Ed.) *Gerontología y Salud*. Editorial Biblioteca Nueva, Madrid, 1997.

Heidegger, Martín 1998. *Ser y Tiempo*. Santiago de Chile.

Jaspers, Karl: 1958. *Filosofía*. Ediciones de la Universidad de Puerto Rico/ Revista de Occidente, Madrid/ San Juan de Puerto Rico.

Ravasi, Gianfranco. 1998. *El Cantar de los Cantares*. Bogotá: Ediciones de San Pablo.

Teilhard de Chardin, Pierre. 1967. *El Fenómeno Humano*. Madrid: Ediciones Taurus.

Zambrano, María. 1989. *Hacia un saber sobre el alma*. Madrid: Alianza editorial.